

Gilberto J.
López Alanís*

H I S T O R I A

Frontera y cultura en las misiones jesuitas de Sinaloa

La endeble consolidación de la centralidad virreinal de la Nueva España, después de la guerra del Mixtón (1541-1542), aceleró la expansión colonial del imperio sobre los territorios norteros.¹

La frontera norte, esa franja movediza de acelerado proceso poblacional, fue algo más que un concepto de política virreinal y sí un espacio de contiendas definitorias, de lo que hoy concebimos como país. Partimos de la concepción de que tal frontera fue (es) un espacio construido en un largo proceso histórico, desde los inicios mismos de la presencia española en el centro mesoamericano, precariamente consolidado con la instauración del virreinato.

Los vecinos españoles, las fuerzas presidiales, los religiosos y los nativos pacificados, agrupados en fuertes, misiones, villas, reales de minas, presidios y otras unidades que buscaban su permanencia, luchaban a finales del siglo XVI contra una insurgencia nativa que amenazó radicalmente los espacios considerados de la franja fronteriza.²

En las gobernaciones de la Nueva Vizcaya y la Nueva Galicia se había

Coral Revueltas,
Crónica de hitos de mercurio v, 2002.



* Investigador del Programa de Historia y Cultura Regional del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Director del Archivo Histórico General del Estado de Sinaloa (AHGES) y miembro del Seminario la Ruta de las Misiones en el Noroeste Mexicano del INAH-Sinaloa / AHGES.

¹ Esta guerra de indios intentó arrojar a los españoles de sus puestos de avanzada del noroeste en la Nueva Galicia y reveló una sorprendente fuerza bélica entre los grupos seminómadas del norte de Guadalajara, véase Philip W. Powell, *La Guerra Chichimeca (1550-1600)*, México, FCE / SEP (Lecturas Mexicanas, 52), 1984.

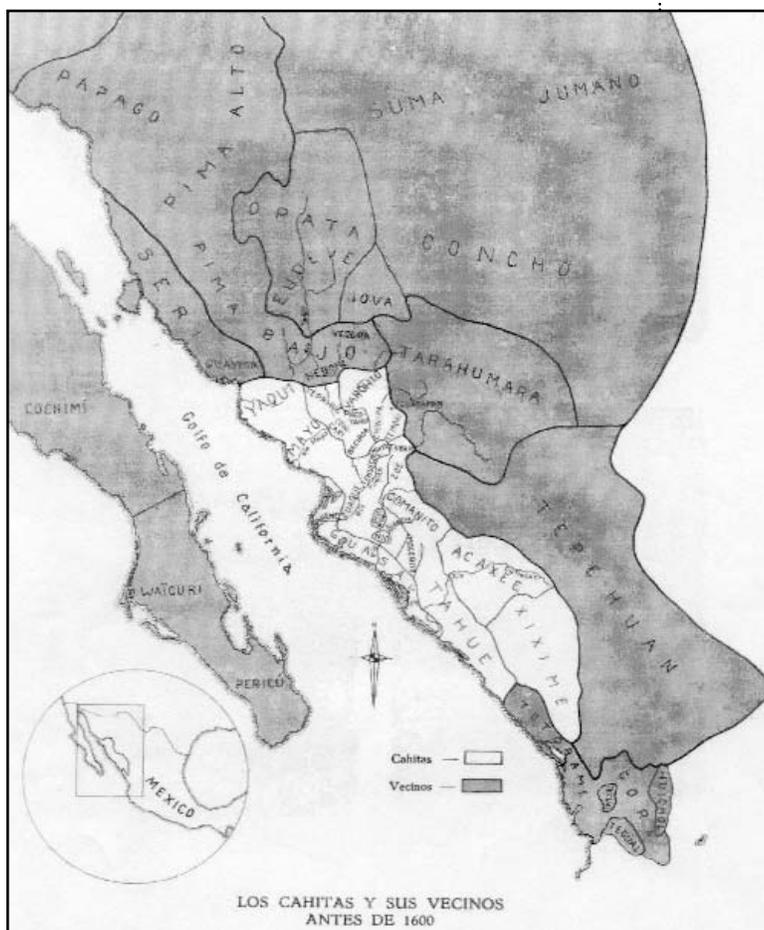
² Para Sinaloa, una versión de tales afanes

fraguado una elite hispana, criolla y mestiza, con frutos sustanciales en la explotación de haciendas ganaderas, agrícolas y mineras, con la consiguiente mano de obra servil o la escasamente contratada. Tales éxitos han sido considerados como de estructura diferente a los alcanzados en el centro y sur del virreinato, en un ciclo cualitativamente diferente de conquistas guerras y colonizaciones.³

Sin embargo, el espacio fronterizo era de contienda institucional; más allá de la villa de San Miguel de Culiacán y la villa de Durango, el imaginario español vibraba ante las noticias de rebeliones de mayos, yaquis,

se encuentra en Antonio Nakayama, *La Relación de Antonio Ruiz (La conquista del Noroeste)*, México, INAH (Científica, 18), 1974.

³ José de la Cruz Pacheco, *Breve Historia de Durango*, México, El Colegio de México / FCE, 2001, p. 39.



Mapa 1. Fuente: Edward H. Spicer, *Los yaquis*, México, UNAM, 1994.

sinaloas, zuaques, chicoratos, tubares, huities, zoes, yecoratos, ocoronis, guasaves, tamazulas, achires, mocritos, bapacas, tepehuanes, tarahumaras, pimas, ópatas, seris, pápagos, cochimies, acaxees, xiximes, waicuras y pericues.⁴ (Mapa 1)

Años antes, los franciscanos no soportaron la dinámica aperturista del espacio social del noroeste con Nuño Beltrán de Guzmán a la cabeza, desertando en Michoacán por 1530. La naciente Nueva Galicia tuvo que esperar la obligada salida de Nuño para albergar en su seno a religiosos encargados de la cristianización.⁵

Casi diez años después, con el antecedente de la fatigosa y sorprendente travesía desde tierras golfinas hasta las del mar Bermejo o de Cortés, que comandó Álvar Núñez Cabeza de Vaca, fray Marcos de Niza adelantó una incursión norteña que confirmó noticias de las míticas ciudades doradas de Cíbola y Quivira (en el actual estado de Nuevo México, EUA), las que el virrey Antonio de Mendoza quiso para su dominio.

Ya en plena incursión dorada, Vázquez de Coronado llevó a otros franciscanos que no tuvieron más iniciativa que tranquilizar las culpas de pecadores fronterizos y erigirse como los mártires en lo que hoy son tierras de los Estados Unidos de Norteamérica.

De 1554 a 1562 Francisco de Ibarra, desde el centro virreinal, inició sus “exploraciones preliminares” haciéndose acompañar por frailes franciscanos que se quedaron en San Martín de la Nueva Galicia, hoy ubicado en el estado de Zacatecas, explorando nuevas posibilidades hacia el norte en intentos de cristianizar nuevos territorios.

Para 1563, con convocatoria institucional y Francisco de Ibarra a la cabeza, se colocaron

⁴ Un reciente recuento de la población nativa de Sinaloa lo encontramos en Rafael Valdez Aguilar, *Los indios de Sinaloa*, Culiacán, Cronos, 2001.

⁵ Para documentar la presencia franciscana en el noroeste, véase a Antonio Nakayama, “Franciscanos en Sinaloa”, en *Tlacuilo*, núm. 1, Órgano de difusión del Centro de Estudios Históricos del Noroeste, Los Mochis, Sin., 1983.

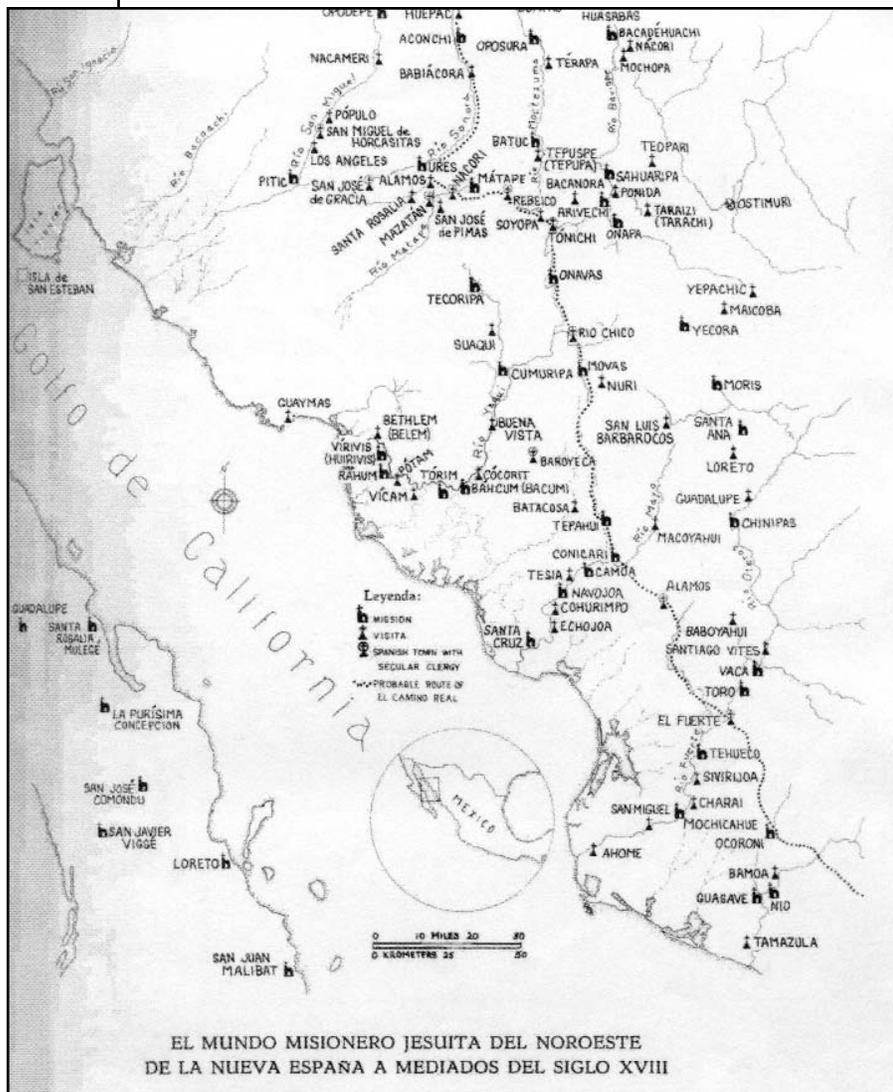
las bases de la Nueva Vizcaya. Con él llegaron también algunos frailes menores, que incursionaron hasta Casas Grandes, en el actual Chihuahua. Todavía en 1569 los encontramos en el norte de Sinaloa, entre los zuaques, guasaves, tehuecos, mocoritos y otros grupos, hasta que fueron eliminados por los nativos. Entonces podemos identificar una primera etapa de invasión y conquista en el Noroeste que obtuvo magros resultados; se trató de una etapa preponderantemente militarizada, en la cual los cuadros religiosos no jugaron un papel relevante como organizadores del espacio.⁶

Desde entonces la acción misional decayó hasta 1591, cuando los jesuitas Gonzalo de Tapia y Martín Pérez llegaron por la *Ruta de la plata* hasta Durango, atraídos por la solicitud hecha un año antes al marqués de Salinas por el gobernador de Nueva Vizcaya, Rodrigo del Río y Loza, antiguo lugarteniente de Francisco de Ibarra y amigo del padre Tapia.⁷

Por instrucciones del gobernador, apurado por nuevos descubrimientos mineros, les cambió el rumbo y ante la rebelión de los acaxeos bajaron hacia la región costera del sur sinaloense, entrando por Acajoneta, en las tierras del Gran Nayar. Así arribaron a la villa de San Miguel de Culiacán, con la mira puesta en la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, perteneciente esta última a la gobernación de la Nueva Vizcaya, tocando antes tierras del hoy San Juan de Capistrano, donde se encontraron con los vecinos sinaloitas, punto éste de remuda y refresco en el caluroso tránsito hacia el norte sinaloense, que adquirió desde entonces significación misional. Se inició así la presencia de las innovaciones jesuitas en el noroeste mexicano.⁸

⁶ Gilberto López Alanís y Laura Álvarez Tostado Alarcón, "Invasión y conquista del Noroeste: la violencia original. De la conquista armada 1539 a la entrada de los jesuitas 1591", en *Ciencia y Universidad*, Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias y Humanidades de la UAS, año IV, núm. 11, Culiacán, 1980.

⁷ Para una versión documentada sobre la petición de operarios jesuitas a la Provincia de Sinaloa véase a Laura Álvarez Tostado Alarcón, *Educación y evangelio en Sinaloa, siglos XVI y XVII*, Culiacán, COBAES (Crónicas, 7), 1996.



Mapa 2. Fuente: Edward H. Spicer, *Los yaquis*, México, UNAM, 1994.

Con ellos se construyó la concepción de una nueva formación espacial y la instauración de un proyecto múltiple y complejo de aprovechamiento de los recursos naturales y sociales para la corona española.

El arribo de Gonzalo de Tapia y Martín Pérez a la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, colocó las bases de la centralidad de la Provincia de Nuestra Señora de Sinaloa, que irradió su influencia hacia espacios de considerable lejanía. (Mapa 2)

El ámbito territorial de la Provincia de Nuestra Señora de Sinaloa tuvo por frontera los ríos de Sebastián de Évora, también conocido como Mocorito, por el

⁸ Héctor R. Olea, *Trayectoria ideológica de la educación en Sinaloa (1592-1937)*, Culiacán, UAS / DIFOCUR, 1993.



Mapa 3. Fuente: A Nakayama, *Relación de Antonio Ruiz*, México, INAH, 1974.

sur, y el río Yaqui o Yaquimi, al norte, con el eje irradiador del río Petatlán, hoy río Sinaloa, tomándolo como un corredor hidráulico de la sierra al mar en cuyo seno se asentaron las primeras organizaciones misionales jesuitas, que a la vez fueron las iniciadoras del sistema misional del noroeste mexicano, y precursoras de las del suroeste estadounidense.⁹

⁹ Una concepción inicial de esto la encontramos en Gilberto López Alanís y Laura A. Tostado Alarcón, "La comunidad primitiva en el Noroeste", en *Ciencia y Universidad*, Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias y Humanidades de la UAS, año III, núm. 9 / 10, Culiacán, 1979.

Recibidos con entusiasmo por los escasos vecinos españoles de la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, y concebida esta villa como su principal asiento, empezaron por distribuirse el espacio del río, pensando en márgenes y latitudes con su consiguiente población nativa.¹⁰

Gonzalo de Tapia, superior de esta empresa, escogió la villa donde estaban asentados las nueve familias de españoles, junto con los pueblos de Baburia, Lapoche, Matapan y Ocoroni, al norte del río; a su vez, el padre Martín Pérez eligió los pueblos de Cubiri y Bamoa, en una primera etapa.¹¹

Iniciaron un intenso trabajo de reconocimiento del territorio, mediante la elaboración de cartas topográficas, aprendizaje de las lenguas nativas y catequización; se adentraron en la cultura cotidiana de los naturales y de los vecinos españoles, influyendo en ella de diversas maneras, incluso excluyendo y autorizando ciertas costumbres en hombres y mujeres. De este tácito pacto se derivó el inicio de un mestizaje cultural sistematizado.¹²

A un año de iniciada su labor, informaron a sus superiores que contaban con unos mil naturales que acudían a su catequesis. Sin embargo, la presencia jesuita en la región del río Sinaloa trastocó radicalmente el patrón cultural de los pueblos asentados a una y otra banda (ribera).

¹⁰ Martín Pérez, "Relación de la Provincia de Nuestra Señora de Sinaloa (1601)", publicada por Edmundo O'Gorman en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. XVI, núm. 2, México, Secretaría de Gobernación-Dirección General de Información, 1945, p. 191.

¹¹ Alfonso Trueba, *Cabalgata heroica. Misioneros jesuitas en el noroeste*, I, México, Jus, 1961, pp. 16-17; Antonio Nakayama, *Sinaloa: un bosquejo de su historia*, Culiacán, UAS (Rescate, 18), 1996, p. 150; Laura Álvarez Tostado Alarcón, *Educación y evangelio en Sinaloa, siglos XVI y XVII*, Culiacán, COBAES (Crónicas), 1996, p. 78.

¹² Para este tema del mestizaje cultural, véase Gilberto J. López Alanís, "El mestizaje cultural de Sinaloa desde la perspectiva de una Relación jesuita del siglo XVI", Tesis inédita para obtener el grado de Maestría en Historia Regional, México, UAS-Facultad de Historia, Culiacán, 2001.

El padre Gonzalo de Tapia trasladó su morada al pueblo donde habitaba Nacabeba, considerado como hechicero y avezado dirigente, combatiéndolo desde el centro mismo de sus dominios. Propició un enfrentamiento donde Nacabeba fue ultrajado, dando Tapia órdenes a los soldados españoles de cortarle el cabello, degradándolo socialmente ante los suyos. Por éste y otros cuestionamientos más radicales, Nacabeba urdió su venganza, hasta que lo eliminó el 11 de julio de 1594, en el pueblo de Deboropa.¹³

Dos años antes, en 1592, llegaron para auxiliar a los dos primeros padres, Alonso de Santiago y Juan Bautista de Velasco, con lo cual se hizo una redistribución de responsabilidades de los pueblos a misionar.

Más tarde, en este mismo año de 1592, Gonzalo de Tapia regresó de un viaje a la capital virreinal donde obtuvo aumentos sustanciales en los emolumentos otorgados a los misioneros, acompañado por el cocinero de cinco años en el Colegio Mayor de México, el coadjutor sevillano Francisco de Castro, singular personaje en quien los naturales creyeron ver una representación mariana, calificándolo como *la madre de la provincia*.¹⁴ Este coadjutor introdujo las habilidades manuales, la construcción de iglesias, las nuevas combinaciones alimenticias, el trato de la caridad, el uso popular de los recursos misionales *en el oficio de procurador que tuvo a su cargo*, además del ejemplo de austeridad y una humildad a toda prueba.¹⁵

Un seguimiento de estas actividades en el seno de los grupos reducidos inicialmente nos ha llevado a descubrir rasgos del inicio del mestizaje cultural en la Provincia de Sinaloa. Sin embargo, el establecimiento del sistema de misiones

fue un proceso de interacción cultural donde el poblamiento y la construcción de la infraestructura misional estuvo matizada por una violencia que afloró constantemente.

Después de la muerte del padre Tapia arribó el capitán Alonso Díaz, estableciendo el presidio militar con doce soldados, y fue hasta 1599, con el capitán Diego Martínez de Hurdaide, que la provincia quedó relativamente pacificada después de la horca y el descuartizamiento de Nacabeba.

Entre 1591 y 1627 se fundaron 44 pueblos de misión entre el río Mocorito y el río Yaquí, que integraron el Rectorado de San Felipe y Santiago, agregando en diversa temporalidad el de San Ignacio.¹⁶ (Mapa 3)

Esta formación del espacio a partir del sistema misional, en interacción con la presencia de la fuerza militar española concretizada en presidios de frontera, requirió de un proyecto cultural sistemático que se constituyó a través de un colegio y un seminario, los cuales funcionaron en la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, desde donde se irradió una influencia determinante en diversos órdenes.

Álvarez Tostado, terciando en la polémica sobre fecha de fundación del Colegio de Sinaloa, entre Héctor R. Olea¹⁷ que propone el año de 1591 y Sergio Ortega

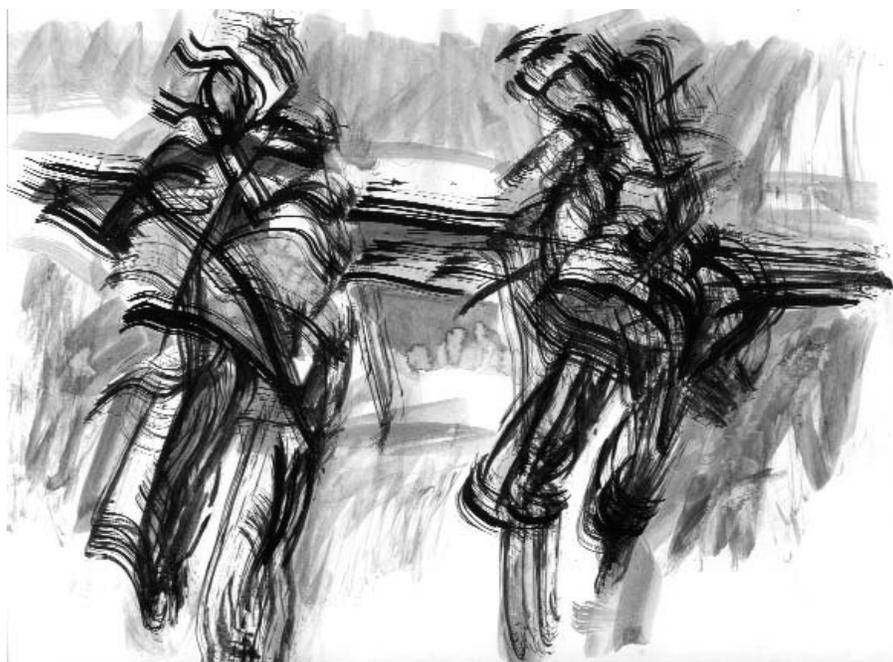
¹⁶ Sergio Ortega Noriega e Ignacio del Río Chávez, *Tres siglos de historia sonorense (1530-1830)*, México, UNAM, 1993.

¹⁷ Héctor R. Olea, *Trayectoria ideológica de la educación en Sinaloa (1592-1937)*, Culiacán, UAS / DIFOCUR, 1993, p. 27.

¹³ El discurso de Nacabeba reflejó el terrible choque de las dos culturas. Pérez de Ribas lo recoge en estos términos: "...estos padres que han venido a nuestras tierras es gente que no conocemos nosotros ni nuestros abuelos. Ya no permiten que los que se bautizan tengan más que una sola mujer, nuestros entretenimientos y gustos se van acabando...", Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe...*, México, Layac, 1944, p. 175.

¹⁴ Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe...*, ed. facsimilar de la de 1645, México, Siglo XXI / DIFOCUR (Once Ríos), 1992, p. 234^a.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 231-235.



Noriega¹⁸ que menciona el año de 1595, explica la formación temporal del Colegio de Sinaloa de la siguiente manera:

El Colegio de Sinaloa de la Compañía de Jesús se fundó en la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa cuando se consideró que el sistema misional estaba ya funcionando. Hay que recordar que para 1609 el presidio ya había sido trasladado a El Fuerte. La fundación del Colegio no pudo haber sido antes de ese año por que primero fue necesario someter a la población indígena al sistema misional...¹⁹

Como ninguno de los tres autores fundamenta documentalmentemente la iniciación del Colegio, y sí lo mantienen entre finales del siglo XVI y principios del XVII, se hace necesaria una investigación más acuciosa al respecto.

Álvarez Tostado hace una excelente e innovadora radiografía del Colegio en el contexto del sistema de misiones, mencionando que se fundó bajo la advocación de San Ignacio de Loyola y funcionó como centro y cabecera de todas las misiones de la región, las cuales estaban esparcidas por los principales ríos: el de Sebastián de Évora, mejor conocido como Mocorito, el de Petatlán (hoy conocido como río Sinaloa), donde se

¹⁸ Sergio Ortega Noriega, "La Misión de Sinaloa 1591-1614", en Gilberto López Alanís (comp.), *Presencia jesuita en el Noroeste (400 años del arribo jesuita al Noroeste)*, Culiacán, DIFOCUR (Historia y Región, 7), 1992, p. 172.

¹⁹ Laura Álvarez Tostado Alarcón, *op. cit.*, 1996, p. 86.

encontraba el Colegio; el río Zuaque (hoy río Fuerte), los otros ríos eran el Yaqui, el Mayo y el Nebones.

En la sede colegial se reunían dos veces al año los padres misioneros que vivían en otros pueblos, y en su seno se celebraban las juntas y se desarrollaban los ejercicios espirituales. Pero no sólo acudían a eso, sino también a abastecerse de alimentos para su sustento y el de sus naturales, que vivían en los pueblos de su doctrina. Los mismos jesuitas periféricos asistían a los vecinos españoles asentados en la villa.

A este centro cultural y educativo, el primero en todo el noroeste mexicano y suroeste estadounidense, acudían a diario los hijos de los españoles donde se les enseñaba lectura, escritura, nociones de aritmética y canto, además de la doctrina cristiana. A los niños indígenas les dedicaban los jueves en la lengua nativa, diferenciándose con ello de las prácticas franciscanas, y penetrando incisivamente en la mentalidad de los naturales.

Para esto último se elaboraron catecismos, gramáticas y vocabularios en lenguas nativas; los informes de los jesuitas señalan la utilización de doce diferentes formas dialectales, incluso en un mismo río se utilizaban hasta tres lenguas diferentes.²⁰

Este intercambio de oralidades tan contrastadas produjo interacciones de una riqueza dialectal que aún es posible encontrar en el norte de Sinaloa. El mestizaje del habla es una de las características del sinaloense de hoy, y últimamente se inician investigaciones con más sentido académico al respecto.²¹

Los jesuitas adaptaron sus mecanismos de transmisión cultural a las prácticas cotidianas de la población nativa; por ejemplo, en la Provincia

²⁰ Un ejemplo de estos trabajos de conocimiento de la lengua nativa en la Provincia de Nuestra Señora de Sinaloa, es el de Tomas Basilio SJ, *Arte de la Lengua Cahita*, atribuido inicialmente a Juan B. de Velasco, publicado por el Lic. Eustaquio Buelna en 1890, y en una versión facsimilar editada en 1989 (Siglo XXI / DIFOCUR), con un prólogo de José G. Moreno de Alba.

²¹ Maritza López Berríos y Everardo Mendoza Guerrero, *El habla de Sinaloa. Materiales para su estudio*, Culiacán, UAS / El Colegio de Sinaloa, 1997. Memoria del *Coloquio de Toponimia: "Los nombres de los pueblos del Noroeste"*, 2001.



escasamente se usaron los espacios cerrados, así, "...se ponía especial cuidado en la enseñanza de los niños, utilizando primordialmente el canto y las procesiones callejeras, con canciones particulares y así las fuesen cantando en sus barrios y en sus casas..."²²

En el Colegio residía el rector, quien ejerció una notable influencia en la conformación cultural de la Provincia, por la práctica de sus obligaciones temporales y espirituales. *La Carta anual* de 1622 para la Provincia señala que: "El Rector ha de llevar el peso de los sermones a españoles, pláticas, conferencias, negocios, cumplimiento, acudir a los temporal y al gobierno de la casa, ser ministro y ejercer todos los oficios sacramentales."²³

A lo anterior se sumaba la amplia independencia con que el rector se movía en la Provincia y la dirección del trabajo fuera del horario de clases. Su equipo se integraba por los sacerdotes jesuitas esparcidos en el ámbito de la Provincia, los hermanos coadjutores adscritos en los pueblos de misión, aparte de las fuerzas externas a la misión, como la milicia —sobre la cual ejercieron mando— y las autoridades indígenas, entre quienes construyeron ascendencia cultural y espiritual. Para darse cuenta de ello, léase el siguiente texto del rector Hernando de Villafañe:

El Colegio de nuestra compañía tiene en la villa de San Felipe en la Provincia de Sinaloa es cabecera de sus gloriosas misiones donde los nuestros incansablemente y con tanta gloria de (nuestro) (señor) y bien de tantas almas, reside aquí de ordinario el padre rector sino es que a los tiempos que es fuerza de hazer ausencia visitando personalmente a los nuestros que son 27 padres y 4 hermanos coadjutores repartidos en 24 partidos, son otros once padres que residen en la misión de Topia y otros cinco en la de San Andrés sujetos también a esta cabecera de Sinaloa.²⁴

En el Colegio se efectuaban los cursos de renovación espiritual, con los famosos ejercicios jesuíticos y la re-



novación de votos de los *professos*, con las que se alimentaban de fe y esperanza en nuevas empresas de expansión misional.

Para 1625, ante lo extenso de la Provincia —con sesenta pueblos de misión, y cien leguas del distrito tierra adentro que comprendían las misiones de Topia, xiximes y San Andrés y que al norte llegaba hasta el río Yaqui—, se asignó a un superior en el seno poblacional de ese río para facilitar la disciplina religiosa en tan distante lugar, pero dependiendo de la autoridad rectoral del Colegio.

¿A qué se debió la autoridad espiritual y material del Colegio de Sinaloa?, es una pregunta que tiene que ver con la estatura académica de los rectores y los demás sacerdotes jesuitas asentados en la centralidad de la Provincia, sus sistemáticas reuniones semestrales, su capacidad productiva y su experiencia misional en tan dilatadas fronteras.

Para complementar lo anterior, se necesitó un seminario donde se dio instrucción a los indígenas y a los hijos de los vecinos españoles.

Se ha señalado el año de 1610 como la fecha de fundación del seminario.²⁵ Éste funcionó como un internado para albergar a niños indígenas destacados y seleccionados de entre los principales de cada pueblo. Fueron hijos de los dirigentes naturales de los poblados de misión, y su número llegó en ciertas ocasiones hasta doscientos. Recibida la instrucción, estos niños

²² Carta Anua de 1625-1626, del Ramo Misiones del AGN / M, citada por Laura Álvarez Tostado, *op. cit.*, 1996, p. 92.

²³ *Ibidem*, 1996, p. 94.

²⁴ *Ibidem*, pp. 94-95.

²⁵ *Ibidem*, p. 98.



regresaban a sus pueblos para promoción de doctrinas en las parroquias, como ayudantes de los clérigos, párrocos, doctrineros y padres jesuitas.

Estos nuevos mensajeros allanaron el camino de la conversión e introdujeron una nueva visión del mundo y de la vida en sus comunidades, ya que también recibieron capacitación en manualidades, artesanías y construcción de iglesias, parte de las nociones de aritmética, canto, uso de algunos instrumentos musicales, otros métodos de cultivar la tierra, nuevos cultivos, crianza de ganado, ya que fue política precisa dotarlos de una nueva dieta alimenticia y otra indumentaria. Ni qué decir del combate de los jesuitas en contra de las bebidas rituales de los naturales; un ejemplo de ello fueron los derivados de la pitahaya, fruto a través del cual se fincó una fiesta de inusitadas subversiones para la concepción jesuita de entonces.²⁶

²⁶ Gilberto J. López Alanís, *El rojo dulce de la espiná. La pitaha-*

Esta interacción de los padres jesuitas con los niños del seminario les permitió perfeccionar el conocimiento de las lenguas nativas y consolidar aspectos del mestizaje cultural que ya habían manifestado su presencia. Por ahí también se coló la necesidad de contar con cofradías de advocación mariana, en las que los jesuitas pusieron mucho énfasis.

En síntesis, en este breve recorrido de los primeros años de la presencia jesuítica en la Provincia de Sinaloa, avizoramos la enorme importancia de su acción cultural en la formación de una centralidad de frontera, que impactó notablemente al noroeste mexicano, ampliando el espacio social del imperio español y fortaleciendo la autoridad virreinal, en un proceso de fortalecimiento económico y social tierra adentro, prefigurando además las bases de una expansión territorial que tuvo en la acción jesuita uno de sus mejores aportes.

ya en la cultura sinaloense, Culiacán, DIFOCUR (Sinaloa y sus historiadores), p. 199.